

Argentina

Derrota y derrotados

Guillermo Almeyra

Desde el golpe militar no ha habido día sin que la clase obrera, librase en Argentina, una batalla por el logro de sus conquistas sindicales y salariales, por la defensa de sus dirigentes de base, por los derechos democráticos o por otras causas de igual trascendencia política. Sin embargo, esa clase obrera, que no fue aplastada (como sucedió con la alemana o italiana bajo el nazifascismo, o con la española con el franquismo), que mantiene su espíritu de combate, su unidad y centralización clasista, su capacidad de resistencia — está a la defensiva y ha sufrido una dura derrota y golpes muy serios en su organización.

Para la clase obrera, la derrota consistió en el derrumbe total del proyecto de compenetración con el Estado, de la política peronista de la redistribución del rédito, del funcionamiento de los sindicatos como fuerza de presión dentro del aparato estatal. Consistió también en la fuga ingloriosa de su dirección sindical burocratizada y en el hundimiento oprobioso del gobierno peronista, por cuya instalación había luchado duramente durante 18 años. Las masacres de delegados, las prisiones y los cierres de sindicatos, las leyes antiobreras son consecuencia de ello. Es decir, que la derrota fue la de un proyecto *burgués* del movimiento obrero, la de una dirección — la burocracia sindical — dependiente del Estado *capitalista* y representante de la *burguesía* en la clase obrera, la de una política *nacionalista reformista* (la del peronismo). No fue, por consiguiente, una derrota, de la clase obrera que — con una política de clase — hubiese intentado el asalto al poder, fracasando sangrientamente. La clase obrera paga duramente, en realidad, el conflicto interburgués, en el cual ella tomó parte a favor del sector que ha perdido la hegemonía (la burguesía industrial nacional y sus representantes bonapartistas: la CGE y el peronismo).

Para la clase media peronista radicalizada, por el contrario, la derrota fue más aplastante porque consistió en la quiebra de las ilusiones de copar el aparato de la burguesía (Estado y partido peronista), de sustituir a la clase obrera, con la violencia armada, en la lucha de ésta contra la burocracia (cuya eliminación era vista como la liquidación física de burocratas ejemplares) y de remplazar al conjunto de los trabajadores en el enfrentamiento de éstos con el Estado (de ahí la acción de los Robin Hood que expropiaban a empresas para distribuir en los sectores marginales o de los que oponían al ejército al pequeño ejército de los revolucionarios). La derrota fue el fracaso de una visión redentorista, mística, de aparato,

de la política; de una concepción que era ajena a los trabajadores y que colocaba a las organizaciones revolucionarias guerrilleras en el exterior del movimiento obrero base del movimiento peronista y de toda lucha por la liberación nacional y social en Argentina. La sustitución de la política por la mera ideología, de la realidad por el voluntarismo, del análisis crítico por la fe y la disciplina condujo al desastre a miles de revolucionarios abnegados, que luchaban al margen del movimiento obrero y muchas veces contra el sentimiento de éste, en una lucha impar contra el Estado. Y llevó al aislamiento total y a la quiebra política a las direcciones de los movimientos que no tenían la paciencia de esperar y construir en y con la clase obrera y que remplazaban el arma del programa por el programa de las armas.

De ese sector derrotado, lo mejor, lo que pudo sobrevivir, hace hoy balances autocríticos y busca un nuevo camino en las cárceles de la dictadura mientras los responsables del fracaso, sin cambiar de concepción ni de método, o pasan al democratismo puro y simple o combinan la política de alianza sin principios con la burocracia sindical y con la dirección burguesa del peronismo que antaño combatieran con los estertores de una política guerrillera aventurera. La misma comprensión de la contradicción principal del movimiento peronista — la contradicción de clase entre el nacionalismo anticapitalista de los obreros y el nacionalismo burgués de la dirección —, la misma desconfianza en la capacidad de la clase obrera de llegar por sí misma a una política clasista, llevó a combatir armas en mano al gobierno de Cámpora en nombre del socialismo o a matar burócratas sindicales y abandonar todo trabajo en las fábricas. Y hoy cuando los trabajadores han realizado una experiencia, incluso con el peronismo y más que nunca comprueban la necesidad de su independencia de clase, lleva a agarrarse a los tablones apolillados y semihundidos de los aparatos políticos peronistas o no, en nombre de que ellos, supuestamente representarían un estado de conciencia de las masas

También han sido derrotados los intelectuales del ultraizquierdismo o los fieles de la "lealtad" al peronismo incapaces de dar la alternativa al guerrillerismo aventurista y que hoy buscan blanquear su imagen ante la Junta condenando a los guerrilleros en crisis. Con lo cual, dicho sea de paso, pierden credibilidad ante los trabajadores — que no siguen a aquéllos pero los respetan — y no ganan credibilidad ante la dictadura, que no olvida ni confía.

Han sido igualmente derrotados los grupos socialistas que, esencialmente, defendían conceptos y posiciones justas pero abstractas, sin poder organizar una alternativa por falta de dominio programático de la realidad y por falta de comprensión de cómo maduraba la clase obrera peronista. En este caso, la derrota consistió en ir demasiado lejos y demasiado rápido, en dar por conquistado lo que aún se estaba construyendo, en dar por resuelto lo que estaba en proceso.

De todos estos diferentes tipos de derrotas sólo es irremediable la de aquéllos que pasan del ultraizquierdismo al oportunismo, del guerrillerismo a la unidad con la burguesía, de una política y un proyecto burgueses aventureros llevados a cabo armas en mano a una política burguesa reformista.

Los fracasos no traen sólo por secuela cientos de decepciones sino también decenas de tomas de conciencia y de revisiones, tanto en el exilio como en las cárceles o en los restos de la influencia de las organizaciones en crisis. De todos los rumbos políticos surgen tendencias a convergir en la búsqueda de una vía de clase, que no abandone lo que hubo de justo en la rebelión contra la desigualdad, la injusticia, la dictadura. Al mismo tiempo, puesto que la clase obrera sigue luchando y analiza sus experiencias, siguen en ella presentes las viejas lealtades políticas, pero con nuevos contenidos. Y se acentúa, como en toda época de represión, el clasismo, la búsqueda de una política independiente del Estado y del capitalismo. De modo que el combate por una política socialista encuentra y encontrará una base objetiva para su desarrollo y podrán crecer quienes eviten nuevos apresuramientos y no den por enterrado un peronismo que ya dejó de ser pero aún es, que dejó de corresponder a un nivel de conciencia de los trabajadores pero que aún vive en esa conciencia porque no ha sido remplazado. Es decir, quienes asuman humilde y seriamente, la tarea de entender al país de las soluciones a sus problemas y de construir las bases del futuro sin renegar del pasado.

UNO MAS UNO

Además de los males tradicionales, la inflación y el desempleo fueron los problemas de Latinoamérica

ARGENTINA

La inflación anual en 1979 en Argentina llegó en los primeros 11 meses a 129,3 por ciento y se estima el incremento anual en algo menos de 140 por ciento mientras que en 1978 llegó a 169,8 por ciento.

La balanza de pagos de Argentina registró un superávit y las reservas de libre disponibilidad son calculadas para 1979 en 7 mil 800 millones de dólares mientras que en 1978 alcanzaban 6 mil millones de dólares.

La tasa de desempleo en 1979 alcanzó a dos por ciento de la población activa y en 1978 era de 1,8 por ciento.

En 1978, las exportaciones de Argentina totalizaron 6 mil

400 millones de dólares y las importaciones 3 mil 850 millones.

En 1979, según estimaciones, las exportaciones llegarán a los 7 mil millones de dólares (un aumento de 21,8 por ciento con respecto al año anterior) mientras que las importaciones serán de 6 mil 300 a 6 mil 500 millones, lo que supone un incremento de 66 por ciento con respecto a 1978.